

Reseñas

FRANCISCO ZAPATA, *Cuestiones de teoría sociológica*, México, El Colegio de México, 2005, 261 pp.

JOSÉ LUIS REYNA*

La obra que se reseña puede ser un libro de texto para un curso de teoría sociológica y, a la vez, un planteamiento reflexivo sobre diversos problemas que permiten al investigador un acercamiento a la realidad social. Libro de texto porque sus contenidos han sido empleados para dictar cursos en El Colegio de México y otras instituciones. Un planteamiento reflexivo porque, como el autor señala en la primera línea de la Introducción: “El análisis sociológico se identifica con una mirada específica sobre las relaciones sociales” (p. 9). Esto es investigación. En efecto, el análisis social tiene que enfocarse a la interacción social que supone, al menos, dos actores. Para ello, es necesario un acervo de conceptos y, sobre todo, la relación que puede haber entre ellos, de la que se desprenden hipótesis y teorías para, después de formuladas, ponerlas a la prueba empírica correspondiente con el fin de lograr explicaciones acerca de un fenómeno específico de una realidad social determinada. En mi opinión, esta es la virtud que distingue a este libro: su utilidad para orientar la reflexión, la divulgación del conocimiento y la investigación rigurosa.

El libro comienza con una discusión desde tres perspectivas de la sociología. Continúa con un planteamiento del significado de los procesos sociales. A partir de ese momento el autor da un viraje a su planteamiento, pues se orienta a plantear problemáticas específicas que giran, en primer término, en torno a un tema crucial de cualquier sociedad: el trabajo y la producción. A esta sección le sigue una discusión novedosa y vigente para México y América Latina relacionada con el tema de la ciudadanía, la democracia y el sufragio, y el libro concluye con una discusión sobre los debates sociales y políticos latinoamericanos. Como se aprecia, el conjunto de la obra ofrece bloques temáticos que pueden leerse independientemente, según el interés del lector, o bien de manera integrada si se quiere profundizar en cada uno de los asuntos que el libro contiene.

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

La elaboración de este libro tiene dos objetivos: cubrir aspectos relacionados con la docencia y promover proyectos de investigación. Para conseguir esas metas, el autor tuvo el acierto de iniciar con una descripción que, aunque breve, es sustantiva para conocer los enfoques en que la sociología descansa. En una suerte de introducción, Zapata diferencia tres perspectivas de la disciplina sociológica: la sociología clásica, representada por Marx Weber y Durkheim. Continúa con la sociología crítica que nace asociada al surgimiento y desarrollo de la sociedad industrial y que tiene puntos de desencuentro con la clásica. Pensadores como Adorno, Marcuse, Fromm y Habermas, entre otros, “militan” en este enfoque teórico. La tercera es la sociología accionalista, cuya identificación es con la sociedad postmoderna y se “constituye con base en la crítica a los clásicos, al funcionalismo y a la metodología del funcionalismo” (p. 30).

Sin que esta parte del libro se pueda considerar un marco teórico (¿qué es eso?), la discusión que plantea Zapata permite la inserción de las temáticas que son abordadas con el andar del libro. Para un estudiante representa una guía para saber cuál referente teórico usa tal o cual autor al analizar un problema dado. Por su parte, un investigador puede diferenciar el enfoque que un autor (Simmel, por ejemplo) está usando en su análisis. Podrá estar o no de acuerdo con el enfoque, pero esto contribuye a afinar la propuesta de investigación que pretenda llevar a cabo.

Entrando un poco más en la materia del libro, el primer capítulo no tiene desperdicio. Es una reflexión de los procesos y las relaciones sociales cuyo conocimiento es fundamental para entender y explicar una sociedad. Los procesos, como apunta Zapata, pueden tener connotaciones diferentes de acuerdo con cuál enfoque se utilice. Así, acción social, interacción, clase, conflicto y movimiento social, pueden tener variaciones en sus definiciones en función del enfoque teórico que se haya escogido. De este particular punto de vista se desprende que un concepto (o una relación de conceptos) puede tener implicaciones teóricas y metodológicas distintas. En otras palabras, el autor demuestra que no hay una sociología unívoca y, en cambio, pueden coexistir diferentes perspectivas para explicar la realidad social. Saber y conocer este aspecto del quehacer sociológico es fundamental para enseñar e investigar.

El capítulo de los procesos sociales es plural, abarca la interacción social, las relaciones sociales y la estructura social —en cuyo seno tienen lugar procesos tales como la autoridad, el poder, el prestigio, la jerarquía y además los mencionados—. Se toca uno que es fundamental en la sociedad postmoderna, que es la movilidad social, y otro que en México y América Latina surgen en innumerables proyectos, cursos y debates: el poder, la autoridad y la dominación. Cada uno de ellos se ve apoyado en su discusión por la referencia a algunos teóricos (por ejemplo, Weber y Pareto para el poder), pero el autor también los vincula con otro proceso social. En otras palabras, no hay un abordaje aislado, como si se tratara de un manual, sino una visión integrada de los procesos. Podría ejemplificarse el espíritu del libro con un ejemplo que se extrae de él mismo: el poder, como proceso, cae en el campo de la interacción.

El capítulo segundo tiene como objetivo el análisis del trabajo y la producción, los cuales son otros dos procesos que asumen formas específicas de relación social. Se tocan temas torales para cualquier sociedad, como la organización de la produc-

ción “a partir de los cambios que ha suscitado el capitalismo” (p. 81). La producción no puede entenderse sin el trabajo (de los obreros, de los campesinos), y de la interacción del binomio trabajo-producción se puede hablar y teorizar sobre las relaciones sociales de producción: la plusvalía, el salario, la organización de los trabajadores, el conflicto, la conciencia obrera, etcétera.

Es importante anotar que Zapata no conduce su desarrollo analítico sólo por el camino de la abstracción. Apela a la historia para darle contenido a los procesos y las relaciones sociales que considera en su trabajo. Hay referencias, por ejemplo, a la industrialización soviética (y sus rasgos), la que contrasta con la industrialización estadounidense (y sus expresiones) siempre dentro de la perspectiva de la sociología del trabajo (y la producción). Además, no se reduce a ilustrar o a demostrar con datos foráneos a la región latinoamericana, por el contrario, no quita “el dedo del renglón” para movilizar la evidencia que en esta parte del mundo se ha generado y que permite comprender mejor lo que el autor está discutiendo. Su reflexión está vinculada con la “problemática latinoamericana”, para decirlo de manera genérica. Sirva de ejemplo el estudio de la planta siderúrgica en Huachipato y de la mina carbonífera de Lota, en Chile, investigación encabezada por el sociólogo francés Alain Touraine, profesor de tantas generaciones de estudiantes latinoamericanos. Además, trae a colación evidencia generada en países como Bolivia y Perú en lo que se refiere a los “métodos de control de la fuerza de trabajo”. Dicho sea de paso, Zapata es uno de los especialistas latinoamericanos en la sociología del trabajo.

El tercer capítulo sobre la ciudadanía, democracia y el sufragio tiene como eje la representación. Sin ésta, aquellos conceptos serían vacuos. La ciudadanía que se organiza tiende a la búsqueda de una institución que la represente. De ahí nace la idea de los partidos que representan a tantos segmentos como intereses se generan en la sociedad. A su vez, el sistema de partidos es uno de los cimientos de la democracia que se alimenta del sufragio.

En mi opinión, se logra establecer con precisión el vínculo entre el Estado-nación y la constitución de la ciudadanía. De nueva cuenta, el autor no se arrincona en la discusión abstracta, sino que para entender ese vínculo traza un camino que arranca con la Revolución francesa (1789) y revisa el desarrollo de la ciudadanía desde una perspectiva histórica, lo que permite comprender los cambios que experimenta y su inserción en estructuras más complejas, como los partidos y la representación, los regímenes políticos y su forma de gobernar. La ciudadanía, como dice Zapata, “es un proceso acumulativo” y, siguiendo a T. H. Marshall, comparte su definición de que la ciudadanía es un instrumento de legitimidad de la desigualdad social.

Pese a que el libro de Marshall es uno de los más completos en el análisis de la ciudadanía, Zapata no deja de considerar interpretaciones o explicaciones alternativas. Autores como Barrington Morre, Thomas Mann y Bryan Turner conciben a la ciudadanía no como un proceso acumulativo, sino como consecuencia de un conflicto de clases, “desencadenados en la transición entre el modo de producción feudal y el capitalismo” (p. 160).

En mi opinión, Marshall y sus críticos, más que contradecirse, complementan el análisis sobre la ciudadanía. En efecto, en la búsqueda de la representación es impo-

sible que una sociedad tuviera una manifestación homogénea, los diversos segmentos o las clases sociales tratan de buscar aquella institución que mejor represente sus intereses, y es en la interacción de diversos intereses donde puede tener lugar un proceso acumulativo en la construcción de la ciudadanía. Obvio es decirlo, pero cuando se da la consolidación ciudadana su correlato es la democracia. Es importante anotar que en relación con el sufragio, una parte del capítulo corresponde a América Latina.

Zapata, en su discusión sobre la democracia, parte desde Aristóteles y siguiendo una ruta histórica va pasando por las concepciones de los siglos XVI y XVII acerca de la soberanía popular, revisa la postura de Montesquieu, sigue con la democracia liberal y luego con la socialista y la elitista. Lo anterior, de alguna manera, conforma el conjunto de premisas que permiten al autor desembocar en dos apartados torales: uno es la relación entre la democracia y el desarrollo capitalista (pp. 178, 184), y el otro son las bases sociológicas de la democracia que, con varios subtemas como el de los partidos políticos, hace referencia explícita a América Latina.

El autor cierra su trabajo con “Los debates sociales y políticos latinoamericanos”, una breve historia de ellos, que de muchas formas están permeados por la política. Para lograrlo hace una periodización que arranca con la etapa de los años 1930-1939, cuando tuvo lugar un cambio en el modelo de desarrollo de América Latina (p. 215) y que abarca las dos décadas siguientes. El cambio consistió en que el énfasis se puso en la industria nacional y en que las clases medias —emergentes en ese momento, diría yo— ingresaron al sistema de dominación. Para entender bien este periodo sobresalen los trabajos de dos sociólogos: Gino Germani y José Medina Echavarría.

El segundo periodo va hasta 1960, cuando el triunfo de la revolución cubana vendría a cuestionar los sistemas políticos y las relaciones de producción de casi todos los países latinoamericanos. Que no haya habido una réplica del movimiento que encabezó Fidel Castro no impidió que se generaran debates que oscilaban entre lo académico y lo político y de ahí, en ocasiones, al planteamiento de la lucha armada por la vía de las guerrillas que proliferaron en casi toda América Latina. La reacción ante este fenómeno fue la oleada de dictaduras que torturó a tantos países de esta región del mundo.

Y por último encontramos el debate de los enfoques: la teoría de la modernización, el desarrollismo propuesto por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y la “teoría de la dependencia”, magistralmente expuesta por Fernando Cardoso y Enzo Faletto.

Cada capítulo del libro tiene una bibliografía sugerida que es de gran utilidad para las labores docentes y para el desarrollo de proyectos de investigación.

En suma: el libro de Zapata es ampliamente recomendable. La sistematización de los problemas que aborda, la fundamentación histórica y empírica que acompaña sus planteamientos permite suponer que esta obra será un referente obligado para los cursos de teoría sociológica que contemplen las problemáticas en él discutidas.

Además, es un libro de fácil lectura pese a la complejidad de los temas que aborda. Por su contenido, por la sistematización de los problemas analizados y por la importancia que tiene en la actualidad contar con materiales que estimulen la docencia

y la investigación, este libro resulta fundamental para las bibliografías de lo que conocemos como teoría sociológica.

JUAN CARLOS RAMÍREZ, *Madeiras entreveradas. Violencia, masculinidad y poder. Varones que ejercen violencia contra sus parejas*, México, Universidad de Guadalajara, Plaza y Valdés, 2005, 410 pp.

NELSON MINELLO MARTINI*

La violencia doméstica ejercida por los hombres contra las mujeres es un tema actual; algunas veces con más velocidad y otras poco a poco, recibe cada día más atención de la academia.¹ En noviembre de 2005 Consulta Mitofsky realizó una encuesta en vivienda a hombres y mujeres de 18 años o más, donde la mayoría (51.4%) reconoció la existencia de la violencia contra las mujeres. En otras palabras, la violencia ha dejado la clandestinidad y la idea de que era un asunto íntimo de la pareja, aunque en buena parte de la población todavía permanezca la percepción de que la misma no existe.²

En México, los estudios sobre y con varones no son todavía demasiado abundantes —podríamos extender esta ausencia a casi toda América Latina—. Con la consecuencia, como señala Juan Carlos Ramírez, de depender de estereotipos y generalizaciones que contribuyen a enturbiar las aguas y hacer invisibles a los varones. Destruir esos estereotipos y hacer visible lo hasta ahora oculto son dos tareas que con esta obra se ha impuesto el autor; tiene la ventaja de no ser un recién llegado al tema, pues hace ya tiempo que estudia con rigurosidad la violencia masculina.

Ramírez busca un camino de investigación poco transitado: entrevista a varones que no se consideran a sí mismos violentos. Una de las riquezas del texto es que recurre a población abierta. De esta manera evita el sesgo —frecuente en otros estudios— de estudiar a quienes están en un programa de ayuda o a aquellos recluidos en centros penitenciarios, violentos ambos por definición anticipada.

Agrupados en tres conjuntos según su edad (menores de 40 años, de 40 a 59, de 60 o más), los protagonistas jóvenes son Víctor, Hildebrando, Jaime, Bernardo, Catarino, Joaquín, Moisés y Armando. Todos concluyeron la secundaria (salvo Moisés); varios cursaron una carrera técnica industrial y uno de ellos comenzó la preparatoria; seis nacieron en la colonia y dos en Guadalajara, y el promedio de hijos por varón es

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

¹ Aunque se registran casos de violencia de mujeres contra hombres, su frecuencia es muy baja; por tanto no es válido invocarlos para ocultar el verdadero problema social de los varones golpeadores, física o psíquicamente.

² Ese 51% se distribuye de la siguiente manera: 10% reconoce mucha violencia, 14.9% sostiene que es la regular [;?] y 26.7% afirma que hay poca; al mismo tiempo, de manera algo sorprendente para mí, 45.8% dice que no hay violencia.

de 1.38 (que puede variar dada la edad de este primer grupo, pero muy posiblemente se mantenga mucho más baja que en los otros grupos).

El segundo grupo está compuesto por Toribio, Pablo, Diódoro, Míreles, Tomás, Servando, Gabino y Cuco, en su mayoría (5 sobre 8) migrantes de Zacatecas o de Jalisco; casi todos completaron la educación básica y Diódoro terminó una licenciatura. Aquí el promedio de hijos por varón es de 5.5.

Vicente, Andrés, Lucas, Abelardo, Humberto y David, provenientes de Jalisco y Zacatecas (excepto Vicente, de Guadalajara) forman el grupo de los ancianos; tienen un bajo nivel de educación (dos de ellos no saben leer o escribir y el resto tiene primaria incompleta). Aquí el promedio de hijos por varón alcanza 8.8, media que es ampliamente excedida por Humberto (79 años) y Vicente (66 años) que tienen, respectivamente, 12 y 14 descendientes.

La investigación se desarrolla en la colonia Constitución —la *Consti*, como se le conoce popularmente—, un fraccionamiento fundado hace unos 40 años en el municipio de Zapopan, que forma parte del sector popular de la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG) y tenía alrededor de 30 mil personas al momento del estudio. La población se ocupa en los servicios, la industria o, en buena parte, en el comercio informal. La oferta educativa va desde jardín de niños hasta varias primarias, y fuera de la colonia existen tres secundarias, un CETIS y una preparatoria de la Universidad de Guadalajara. No está huérfana de organizaciones de servicio social, culturales y deportivas, de entre las primeras la Asociación de Vecinos y el Movimiento Cívico Popular 28 de Junio, pero también Alcohólicos Anónimos, Tragones Anónimos o Neuróticos Anónimos; en las culturales hay varios grupos musicales, de teatro e incluso una compañía de títeres, mientras que las deportivas cuajan en tres ligas de fútbol. Existen asimismo varios grupos religiosos, en su mayoría católicos, y no faltan las pandillas e incluso grupos delictivos, pero la importancia de estos últimos, según Ramírez, es mucho menor de lo que muestra la prensa de Guadalajara.

En suma, una colonia que no deja de ser compleja, con fuertes vínculos entre sus habitantes, donde es frecuente encontrar a abuelos, hijos y nietos de una misma familia que comenzó a vivir allí cuatro décadas atrás cuando, como dije, se inauguró el fraccionamiento.

Trabajo extradoméstico, control del dinero, casamiento/unión, trabajo doméstico son, según el autor, algunos de los rasgos distintivos de estos varones a quienes estudia. Veámoslos.

El trabajo. Para los tres grupos de hombres el mundo del trabajo es central en su vida, como medio de subsistencia y movilidad social; al mismo tiempo cumple un papel simbólico destacado al reforzar la identidad masculina, sin importar el grupo etario al que pertenezca. Así, Lucas (68 años) dice “el trabajo es sagrado [...] yo si no trabajo no estoy a gusto porque no me hallo...”; Míreles (47) lo considera “una forma de vida, o sea que, pos si no trabajas, te agüitas...”; mientras que para Catarino (30) es “pos todo, ¿no? El trabajo es tu [...] es tu religión [...] O sea, con qué le daba a mi hija lo que ella quiere, con qué le doy a mi esposa para que viviéramos...”³

³ El trabajo tiene mucha vinculación con la familia de origen (ser responsable ante ambos

El trabajo es masculino y, de alguna manera, las mujeres están excluidas de ese mundo. David (79) dice que en el trabajo “las mujeres agarran su colmillito”; mientras que Vicente (66) afirma que fuera de la casa las mujeres “se hacen irresponsables y quieren mandar al marido si siguen trabajando, y más si ganan más que el marido, así es que mejor, que se queden en su casa...”. Algunos jóvenes comparten esta preocupación y la exclusión consiguiente, para Víctor (24) “sería un pecado que un hombre dejara trabajar a una mujer”; en cambio, Jaime (28) dice “cuando recién me casé, no pues, yo estaba feliz de que ella trabajara”;⁴ mientras Hildebrando (24) tiene una posición más dubitativa: “no soy de los que [prohibo], no, [...] pero no, no me gustaría [que trabajara]”.

El dinero y el control. El dinero también es masculino, no sólo porque ellos generalmente son los únicos con trabajo extradoméstico pagado, sino porque controlan su uso de manera más o menos enérgica. De alguna manera heredada de sus mayores, interiorizan la importancia de ser los proveedores exclusivos. Son ellos quienes dan para el “gasto” (en lenguaje local, para “el chivo”), impiden más o menos claramente que sus parejas tengan empleo remunerado e indican cuánto deben dar a la casa los hijos que trabajan. La diferencia parece estar en que los integrantes mayores son más rígidos en sus controles que los jóvenes. Catarino (30) y Jaime (28) le dan todo el dinero a sus esposas; como dice el primero “Ella sabe de todo mi dinero, yo se lo entrego a ella y ella me lo guarda. [...] Ella es mi banco [...] sabes qué [le digo], dame tanto y me lo da sin cuestionarme; ella me lo administra”, en una declaración clara sobre quién es el propietario del dinero. La diferencia parece estar en el estilo de ejercer dicho control.

El casamiento o la unión. La formación de una pareja —mediante unión legal o de hecho— constituye para estos hombres otra de las decisiones cruciales en su constitución como varones. Las razones aducidas para unirse/casarse son diversas; mientras David (79) se duele de tener que lavarse la ropa y no ser atendido por una mujer, Vicente (66) se plantea una mezcla de aventura y paternidad, e incluso casado tuvo tres hijos con sendas mujeres. Ramírez anota que este grupo de ancianos comparte dos características: noviazgos breves (muchas veces paralelos) y con relaciones más que nada instrumentales, para contar con alguien que se ocupe de los trabajos domésticos y de darles descendencia claramente identificada.

Esto no es muy distinto entre el grupo de adultos. Toribio (43) expresa: “lo primero es que yo buscaba una, una mujer hogareña [...] pues yo no la buscaba así bonita, ni tiernita [...] yo veía [en su actual esposa] que era pues muy hogareña. Quería una mujer así. Les arreglaba los pantalones a los hermanos y hasta las truzas y, ¡ay cabrón! Y camisetas...”. En esto coincide Tomás (51), que pretendía “que no fuera de esas facilotas y no fuera volada”. Ser del mismo pueblo y clase social eran otras características deseadas, porque casándose con “gente acomodada” no podría dárselos el nivel de vida que acostumbraban en su familia de origen. También parece impor-

progenitores, seguir sus enseñanzas, ser como el padre, incluso muchas veces trabajar en lo mismo) y pavimenta el camino para el vínculo conyugal.

⁴ Pero ahora que tienen una niña sostiene que su esposa debe cuidarla, porque no hay mejor cuidado que el de la madre, en una práctica bastante frecuente, en especial pero no exclusivamente en adultos mayores.

tante ser el primer novio, es decir, tener la exclusividad emocional y sexual (algo que, además, evita la comparación entre ego y otros hombres). A diferencia de los ancianos, aquí los noviazgos fueron extensos, entre dos y cuatro años, e incluso Cuco (58, el mayor del grupo de adultos) mantuvo una relación durante ocho años.

Los jóvenes no dejan de lado algunas de las características de los otros dos grupos de hombres estudiados: el matrimonio es para toda la vida, dice Moisés (36); o se casan/unen con “la futura madre de mis hijos” (Catarino, 30), pero presentan rasgos específicos. Uno de ellos es un noviazgo más abierto, con mayor contacto físico (que incomoda a sus padres), otro es la distinción entre novias formales y chicas para el “cotorreo”.

Las relaciones extramaritales. Como para muchos varones —y aunque causen tensión en la pareja— las relaciones extramaritales son protagonistas, algo que integra su masculinidad: permisibles siempre que se den con discreción. Los ancianos las explican porque la sexualidad “es irrefrenable”; sin embargo, varios de los adultos expresan un rechazo a las mismas y por lo menos dos de los jóvenes se oponen a considerarla una práctica aceptable (llevados, en mucho, por el temor al contagio de enfermedades de transmisión sexual, especialmente el SIDA).

El trabajo doméstico. David (79) rememora: “Antes se decía que era mujer de manos, ahorita es mujer de nalgas, porque no saben hacer nada”. En cambio, Armando (38, un ejemplo algo atípico, como reconoce Juan Carlos) y su esposa trabajan ambos en labores remuneradas y también comparten el trabajo doméstico.

La pregunta general que guía este texto es: ¿Cómo se construye, desde la perspectiva del varón, la violencia contra la pareja? Para contestarla, el autor recurrió a una serie de enfoques teóricos y de instrumentos metodológico-técnicos, y nos da un libro que arroja mucha luz sobre este fenómeno social antiguo pero al que sólo desde hace un par de décadas se le presta atención, tanto en la academia como en los medios de comunicación.

Comencemos por los caminos que no quiso recorrer el autor. Por un lado, no sigue la visión epidemiológica de considerar la violencia doméstica a partir de los casos y los números; por otro, se separa de la visión psicologista que la ve como una patología. Adopta, en cambio, la lógica de la dinámica social: la violencia es un proceso y no un incidente que sólo concierne a dos individuos, una relación social y no una expresión de patología individual, un indicador de una relación de poder-resistencia [R-P-R]. Sin embargo, no es un puro fenómeno estructural, sino que debe tenerse en cuenta la capacidad de acción (o agencia, como también suele decirse) del hombre violento. Los ejes de estudio son, entonces, poder, género-masculinidad y violencia. Al estudiarla como una expresión del orden de género existente en una sociedad dada en un momento específico de su historia refuerza la idea de que, en tanto relación —*id est*, que sólo se comprende si tomamos en cuenta todas las partes integrantes de esa relación—, los personajes de la tragedia son, en primer lugar, la sociedad (más específicamente, el orden de género de dicha sociedad), el hombre y la mujer que forman la pareja y, por supuesto, las familias.

No es un libro que pueda encuadrarse en una sola disciplina. Recoge los aportes de la historia, la sociología, la demografía, el análisis semiótico y otras ciencias sociales,

pero fundamentalmente abreva en la rica tradición antropológica (y ha tenido brillantes maestros y maestras para ello) en tanto que privilegia la mirada y el oído. La mirada —con sus estadías y visitas cotidianas a la colonia Constitución, de la ciudad de Guadalajara— y la escucha —con las entrevistas formales e informales— son las dos herramientas fundamentales para reconstruir un mundo de dominación masculina. Universo social junto con universo simbólico, representaciones, vida social, temores y orgullos de los hombres, van dibujando un rico cuadro de dimensiones objetivas y subjetivas, pero más aún, delinean con claridad las interrelaciones entre ambos universos y trazan con lucidez, brillo y sinceridad los profundos aspectos de la violencia masculina.

La obra se inscribe en la vieja y fecunda visión de la relación individuo y sociedad, donde la importancia está en la conjunción copulativa (o, dicho de otra manera, que no es posible comprender al uno sin la otra) y en la también fértil visión de que el hombre y la mujer tienen un más o menos amplio grado de libertad personal para moverse dentro de las estructuras sociales.

Este es un libro que me gusta por varias razones, de las que destaco algunas. En términos teóricos, porque la violencia es vista como una expresión extrema de la desigualdad de género, que se reproduce generacionalmente a través de hombres y mujeres adultos y de niños y niñas, pues estos últimos, testigos de violencia, tienen más posibilidades de reproducirla; en segundo lugar, porque la violencia no se explica por una sola causa, es necesario reconocer no solamente la complejidad del problema sino también la diversidad de situaciones personales, mediadas por condiciones de clase, etnia, etapa del ciclo de vida u otras.

Subrayo también algunos puntos que me parecen importantes. Uno de ellos es que sostiene que se deben romper los silencios de los hombres, no solamente para producir conocimiento, sino también para aplicar estrategias de intervención que vayan más allá de las psicoterapéuticas y psicoeducacionales. El otro punto es el reconocimiento de que han perdido legitimidad ciertos tipos de vínculos basados en la imposición directa, abierta, descarnada. En tercer lugar, hay que destacar la existencia de varones que construyen su relación de pareja con base en criterios que no estaban presentes en el contexto tradicional de la colonia estudiada.

Por otro lado, el texto está escrito con rigor, con cuidado de fundamentar cada una de las afirmaciones, lo que no está reñido con una prosa fluida, sencilla, poética a veces, que revela un gran trabajo de investigación y de reflexión para lograr comunicar las ideas. Por otro lado, puede interesar a distintos públicos; por supuesto, a aquellos que se preocupan por la violencia, y en este caso no solamente a investigadores o investigadoras, sino también a los hacedores de políticas públicas, a quienes diseñan estrategias de intervención; a quienes estudiamos masculinidad y género, porque nos señala cómo la violencia masculina está inserta en las estructuras sociales y no es una simple reacción de un sujeto golpeado, o malhumorado, o bajo la influencia de tóxicos; en otras palabras, que la violencia forma parte de la masculinidad, se manifieste o no en conductas individuales; a quienes se acercan a la metodología cualitativa, las reflexiones del capítulo II serán enormemente útiles para investigadores noveles, pues el libro expone con claridad no sólo las operaciones técnicas sino

también los dilemas que enfrentó el investigador y las soluciones —imaginativas, digámoslo de paso—, que encontró.

Quiero señalar, asimismo, otra circunstancia por la que destaco esta investigación. En las conclusiones al capítulo V señala no solamente la existencia de varias formas de masculinidad, sino también la persistencia de la dominación masculina, con “una sofisticación de los recursos que continúa posicionando a los varones y [a] las mujeres en condiciones de asimetría”, que muestran “variaciones sobre la masculinidad: de una autoritaria a otra negociada” (p. 257). No soy, sin embargo, tan optimista como parece ser Juan Carlos Ramírez cuando dice que ese ejercicio relacional es “más simétrico y negociado, que tiende a la igualdad” (p. 257). No se trata de negar los cambios; ¡hasta los hombres pueden mudar! Pero sí pensar, con Héritier, que la dominación masculina tiene varios siglos y su modificación exige aún numerosas luchas.

Para terminar, reitero que el libro reseñado constituye un aporte no sólo para el estudio de la violencia masculina, sino también para las posibles transformaciones que la erosión, más o menos notable, ha podido introducir en el orden de género en el México actual.

Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI, Jorge Durand y Douglas S. Massey, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa, 2003, 210 pp.

TELÉSFORO RAMÍREZ GARCÍA*

Escrito por dos de los expertos más reconocidos y activos en el estudio del fenómeno migratorio, *Clandestinos*, presenta entre sus páginas un interesante y bien documentado análisis histórico de la migración mexicana a Estados Unidos a lo largo del siglo XX y sus perspectivas para el nuevo siglo. Se trata de un texto rico en conocimientos y tratamientos teóricos que le pone sabor, historias, lugares y rostros a la migración mexicana, de tal forma que confirma el respeto y el reconocimiento, dentro y fuera del país, que Jorge Durand y Douglas S. Massey se han ganado en este campo a lo largo de dos décadas de colaboración conjunta.

El argumento vertebral del texto intenta responder a las preguntas clásicas que siempre se hacen y repiten en las investigaciones sobre el fenómeno migratorio: “quiénes son los migrantes, por qué se van, de dónde salen, a dónde van, en qué trabajan, por qué regresan” (p. 6). Para contestarlas, Durand y Massey se apoyan en la recopilación y sistematización de datos históricos, demográficos y antropológicos, los cuales son analizados y contextualizados a partir de una acuciosa y detallada revisión teórica sobre el tema. Los seis capítulos que integran el libro proporcionan un panorama completo y coherente sobre la migración internacional mexicana, hay un esquema que organiza las partes y le da sustento al todo.

* Estudiante de doctorado en El Colegio de México.

En el primer y breve capítulo, los autores realizan una evaluación de alta crítica acerca de las distintas teorías que se han desarrollado en el campo de los estudios migratorios. En especial, ponen énfasis en los planteamientos analíticos implícitos en tales enfoques. Su propuesta es estudiar el fenómeno migratorio a partir de una complementariedad de marcos y estrategias teóricas, más allá de las disciplinas y subdisciplinas de adscripción. Durand y Massey incitan a los científicos sociales (antropólogos, demógrafos, economistas e historiadores) a “diseñar estudios más estrechamente relacionados con la teoría” (p. 41). Señalan que si se quiere avanzar en el conocimiento del fenómeno migratorio es necesario familiarizarse con las principales teorías contemporáneas para poder formular investigaciones capaces de poner en tela de juicio sus principales planteamientos. Desde su punto de vista, toda teoría debe ser contrastada y llevada hacia los hechos para concluir con una explicación satisfactoria del fenómeno migratorio. Esta doble tarea de documentar y analizar, por un lado, y de generar propuestas de solución, por el otro, es el reto que deben enfrentar los científicos sociales e incluso los diseñadores de políticas de ambos países.

Después de hacer una breve revisión de los distintos enfoques teóricos presentes en las investigaciones sobre migración interna e internacional, Durand y Massey presentan en el segundo capítulo un marco analítico para explicar la migración mexicana a Estados Unidos, en que destacan su historicidad, masividad y vecindad. Para los autores estos tres factores son cruciales para entender y distinguir la migración de origen mexicano de otras tantas que también se dirigen hacia el vecino país del norte. Señalan que:

Ninguna corriente migratoria a Estados Unidos procedente de un solo país ha durado más de cien años, salvo el caso mexicano; no existe un flujo migratorio mayor que aquel proveniente de México, y sólo la migración de México y la muy secundaria de Canadá pueden considerarse un fenómeno verificado entre países vecinos. (p. 45)

Si bien estos tres factores están interconectados entre sí, cada uno de ellos permite a los autores profundizar en un aspecto particular del fenómeno migratorio. La historicidad destaca la antigüedad centenaria de la migración mexicana y su continuidad a lo largo de cinco etapas o fases que acontecieron durante el siglo XX, en lapsos de aproximadamente veinte años: la fase del enganche (1900-1920), la etapa de las deportaciones (1921-1939), el periodo bracero (1942-1964), la era de los indocumentados (1965-1986) y la etapa de la legalización y la migración clandestina (1987-2001). La vecindad con Estados Unidos es un factor que explica otras dos características básicas del fenómeno migratorio mexicano: la temporalidad y la unidireccionalidad del flujo migratorio. De acuerdo con los autores, cerca del 98% de los migrantes mexicanos se dirige hacia el vecino país del norte y sólo una pequeña parte tiene como destino Canadá; no existen experiencias migratorias hacia otros países del mundo. Finalmente, por su magnitud, la migración mexicana a Estados Unidos es considerada como un proceso masivo que involucra a millones de personas y familias en nuestro país. En términos numéricos, entre 1990 y 2000 la población de origen mexicano en el vecino país se duplicó, al pasar de 13.5 a 20.6 millones de mexicanos. Para los autores estos

tres elementos son en esencia lo que distingue a la migración mexicana y, por tanto, la definen como un fenómeno social particular y diferente a otras corrientes migratorias.

En el tercer capítulo, Durand y Massey guían la exposición partiendo de una pregunta central: ¿cuáles son las regiones de origen de los emigrantes mexicanos? Para responder a esta interrogante, los autores se apoyan en la compilación y sistematización de distintas fuentes de información — directas e indirectas — y proponen una regionalización basada en criterios geográficos y migratorios, subdividiendo el territorio mexicano en cuatro regiones: histórica, fronteriza, central y sureste. De esta manera, realizan un detallado y minucioso análisis regional de la migración mexicana, destacando no sólo su participación y continuidad en el flujo migratorio internacional, sino también su dinámica poblacional y contexto socioeconómico.

La región histórica (Aguascalientes, Colima, Durango, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nayarit, San Luis Potosí y Zacatecas) se caracteriza por su antigüedad, dimensión y condición legal de sus migrantes, “rasgos que le otorgan madurez a sus redes sociales; complejidad a sus circuitos y rutas migratorias, [que] permiten hablar de una ‘cultura migratoria’, acuñada y moldeada a lo largo de más de un siglo de historia migratoria” (p. 77). La región fronteriza (Baja California, Coahuila, Chihuahua, Nuevo León, Sinaloa, Sonora y Tamaulipas), como perspicazmente señalan los autores, sigue las pautas marcadas por un contexto de vecindad geográfica. De ahí la importancia de algunas ciudades y pueblos fronterizos para la migración interna y como punto de partida para la migración internacional. La región central (D. F., Guerrero, Hidalgo, México, Morelos, Oaxaca, Puebla, Querétaro y Tlaxcala), se caracteriza por una creciente participación en el flujo migratorio mexicano internacional ocurrido durante los últimos años, y por incluir migrantes indígenas y población urbana procedente del Distrito Federal y la zona conurbada de la ciudad de México. Por último, la migración internacional de la región sur (Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz y Yucatán) es relativa, salvo el caso de Veracruz, que en la última década registró una elevada participación en este fenómeno.

En el cuarto capítulo, Durand y Massey intentan responder a otra de las preguntas clave de su trabajo: ¿cuáles son los lugares de destino de los mexicanos que se van al norte? La primera tarea que encaran es hacer un recuento histórico acerca de la distribución geográfica de la migración mexicana en Estados Unidos; labor que comienzan con el estudio de los patrones de concentración y dispersión de los migrantes mexicanos en Estados Unidos. El primero de ellos permite a los autores analizar —a través de tres tipos de capitales migratorias— cómo se articulan y jerarquizan ciudades, pueblos y localidades en el país de destino.

En primer lugar se encuentran las “capitales migratorias” o ciudades emblemáticas que se distinguen por presentar un alto nivel de concentración de población migrante de un mismo país, y que operan como punto de referencia para los migrantes que llegan. Indiscutiblemente, una capital migratoria, en el caso mexicano, es la ciudad de Los Ángeles, donde los migrantes pueden acceder a un amplio mercado de trabajo y a una multitud de servicios consulares, religiosos, bancarios y comerciales. En segundo lugar se encuentran las capitales regionales, que son ciudades donde el nivel de concentración también es alto; sin embargo, éstas no tienen un reconocimiento a

nivel nacional como la capital migratoria, pero sirven como centro de referencia para una región formada por varios estados. Para los mexicanos, las ciudades de Kansas y Chicago operan como capitales regionales. En el caso de los migrantes dominicanos, la capital regional es Puerto Rico, y para los cubanos, Nueva York. En tercer lugar se encuentran las capitales provinciales, cuya referencia es una ciudad que cuenta con algunos barrios de inmigrantes que se identifican con el país de origen. Por tanto, pueden existir dos o más capitales provinciales en un mismo estado. Por ejemplo, en Texas, las ciudades de Dallas, El Paso y San Antonio, operan como capitales provinciales para los migrantes mexicanos; Yuma y Phoenix, en Arizona, y San Diego, en California. Este tipo de capitales cuenta con comercio y servicios de carácter étnico y un mercado de trabajo poco consolidado.

En cuanto a los patrones de dispersión, los autores distinguen tres niveles. El primer nivel corresponde a las comunidades dispersas, y se refiere a la población migrante que se encuentra aislada geográficamente pero concentrada en pequeñas poblaciones. Un ejemplo de ello “es la comunidad dispersa de guanajuatenses en Kennett Square, Pennsylvania, un flujo que está relacionado únicamente con el trabajo del hongo [y que son] en su mayoría de un mismo lugar de origen, donde se viven intensamente las relaciones sociales, familiares de paisanaje y amistad” (p. 105). El segundo nivel corresponde a los grupos itinerantes denominados así por tratarse de un grupo de migrantes que no tiene un lugar fijo de residencia. Se trata de un flujo de trabajadores que se mueve al ritmo de las cosechas y que generalmente entra de manera legal a Estados Unidos bajo el sistema de visas H2A. El tercer nivel se refiere al grupo de población dispersa, es decir, la población migrante que se encuentra alejada geográficamente por su nivel social y cultural. Un claro ejemplo son los profesionales y científicos sociales del valle del Silicón, que viven en Palo Alto y que no interactúan con los migrantes mexicanos.

Tras una breve descripción de los patrones de concentración y dispersión geográfica, Durand y Massey presentan un interesante y bien documentado análisis histórico de la distribución geográfica de los migrantes mexicanos en Estados Unidos, el cual les permite establecer con precisión cuatro grandes regiones: dos de carácter permanente, una de carácter histórico y otra en proceso de formación. La primera se conoce como región suroeste, que incluye los cuatro estados fronterizos de Estados Unidos con México, y que en una segunda fase de expansión de la migración mexicana abarcó los estados adyacentes de Nevada, Utah, Oregon, Idaho y Washington. Se trata de una región de carácter permanente, caracterizada por concentrar la mayor parte del flujo total de migrantes mexicanos, posiblemente debido a la vecindad con México, pero también por su historicidad y masividad.

En segundo término figura la región de los Grandes Lagos, la cual se formó en torno a la ciudad de Chicago, y comprende los estados de Wisconsin, Minnesota, Illinois, Indiana y Michigan. El destino de la migración mexicana a esta región comenzó a finales del siglo XX, y en los últimos años ha tenido un crecimiento notable, especialmente hacia el estado de Illinois. La tercera región es la de las grandes planicies, formada por los estados de Oklahoma, Kansas, Nebraska, Missouri, Iowa, Colorado y Wyoming. En términos migratorios se trata de una región histórica, pero que en las

últimas décadas ha perdido importancia como polo de atracción de población migrante. Salvo el estado de Colorado, más específicamente la ciudad de Denver, que en un plazo no muy largo podría convertirse en la capital regional. Por último, se encuentra la región de la costa este, cuyo origen de formación es relativamente reciente y está relacionado con el desplazamiento de los migrantes legalizados por la Ley de Reforma y Control de Inmigración (IRCA por sus siglas en inglés). Esta región comprende los estados que integran el corredor de la costa este de Estados Unidos, desde Florida hasta Nueva York.

El quinto capítulo se centra en la participación laboral de los trabajadores migrantes mexicanos en la agricultura estadounidense. Ponen especial énfasis en los conceptos de mexicanización e indigenización de la mano de obra agrícola migrante. Sobre la mecanización, los autores señalan que a pesar del alto grado de tecnificación y mecanización que caracteriza a la agricultura estadounidense, ésta sigue dependiendo de la mano de obra mexicana. De acuerdo con datos del Departamento del Trabajo de Estados Unidos, en el año 2000, “más de tres cuartas partes de la mano de obra agrícola era mexicana (77%) y otra parte significativa es de origen mexicano (9%). En términos globales, 8.6 trabajadores de cada 10 son mexicanos” (p. 153). Durand y Massey arguyen que la presencia mayoritaria de mexicanos en la agricultura se debe, principalmente, “a seis características básicas que otros trabajadores no pueden cumplir: bajo costo, temporalidad, juventud, capacitación, movilidad y ser indocumentados” (p. 54).

Respecto a la indigenización de la mano de obra agrícola, Durand y Massey señalan que en las últimas dos décadas se ha observado una fuerte presencia de población migrante indígena a los campos agrícolas de California, Oregon y Washington. Sin embargo, como atinadamente señalan los autores, la migración indígena no es un fenómeno nuevo, pues los primeros migrantes indígenas llegaron en el tiempo de los braceros y provenían, principalmente, de los estados de Oaxaca, Puebla y Guerrero. Desde entonces, los migrantes indígenas han ido incrementado su participación en el flujo migratorio internacional, y han estableciendo redes migratorias a lo largo del territorio mexicano y el sur de Estados Unidos.

El sexto y último capítulo hace referencia a los cambios acontecidos en el patrón migratorio mexicano. Durand y Massey señalan que el proceso de legalización de la IRCA generó un nuevo perfil migratorio y una nueva historia migratoria entre Estados Unidos y México. Hasta principios de los años ochenta, el perfil de los migrantes mexicanos permaneció más o menos sin variaciones; por lo general se trataba de un migrante temporal, joven, masculino e indocumentado. Sin embargo, hoy en día “se requiere una docena de rasgos y una gama de colores y matices para delinear un perfil que se aproxime a la realidad: ha cambiado la composición legal, la duración de la estancia, la distribución por sexo y edad, el origen social y cultural, la distribución geográfica de origen y destino, los puntos de cruce fronterizo, el mercado de trabajo, la participación política de la comunidad mexicana en ambos países, los principios de nacionalidad y los patrones de naturalización” (p. 171). De tal forma que la migración internacional ya no es un tema o problema de la región tradicional, ni es exclusiva del suroeste estadounidense, sino que más bien forma parte de la vida y cultura

de cientos de mexicanos y mexicanas que año tras año emprenden camino al norte, ya sea para buscar trabajo o reunirse con sus padres, hermanos, hermanas, hijos o hijas, quienes un día, igual que ellos, tuvieron que dejar patria y familia para ir en busca del llamado “sueño americano”.

Sin duda alguna, *Clandestinos* contiene en sus páginas un excelente análisis de la migración mexicana a Estados Unidos. Los temas presentados en cada uno de los seis capítulos que lo integran son abordados con detalle y enriquecidos con datos, testimonios y anécdotas que le imprimen color y dan voz propia al texto. Por ello me gustaría recomendar ampliamente la lectura de este importante libro, no sólo a los estudiosos e investigadores del fenómeno migratorio, sino también a todos aquellos interesados en la problemática social —actual y futura— de la migración mexicana.

